

LAS CATEDRALES DEL SIGLO XXI

Durante el siglo XIII, Europa se cubrió de un manto blanco de catedrales. Eran construcciones gigantescas y luminosas, nunca antes vistas, encajes de piedra, vitrales multicolores, bóvedas ojivales que parecían manos unidas en plegaria o nubes de palomas blancas que partían al cielo. Un poeta habló de la Edad Media “enorme y delicada”: eso eran las catedrales góticas: Chartres, Colonia, Rheims, la Saint Chapelle.

En aquel entonces no había camiones, ni carreteras pavimentadas, ni grúas, ni andamios metálicos; menos aun bull-dozers, moto niveladoras. ¿Cómo se construyeron esos imponentes edificios de piedra? La respuesta tradicional es esta: la fe del pueblo logró el milagro. Para dar gloria a Dios, para celebrar la Eucaristía, para expresar el tierno amor a María, para tener una casa que acogiera al pueblo para la oración, se hizo un esfuerzo en que todos colaboraron: el cantero, el tallador de piedra, el carretero con su yunta de bueyes, el jefe de obra, el escultor trepado en su andamio, el arquitecto, casi siempre anónimo, los que entregaban sus ahorros, todos, la comunidad entera, logró lo que quería: algo que quedara por muchos siglos, algo que cambiara la manera de ser de la gente: su Catedral.

Tal vez el siglo XXI va a llenar al planeta de nuevas catedrales. Ahora con toda la ayuda de una economía, de una ingeniería y de una política globalizadas. No las construirá la fe en Dios sino la fe en el hombre. En parte es lo mismo: “El hombre vivo es la gloria de Dios”, decía en el siglo II el obispo de Lyon, San Irineo. El mundo se va a llenar de catedrales construidas

por todos los hombres, para todos los hombres. Catedrales en que los hombres puedan ser felices, en que todos los hombres puedan ser realmente felices. La técnica y los recursos no faltarán ni los arquitectos, ni los trabajadores. Y la meta será compartida por todos: la felicidad del hombre, de cada hombre, de todos los hombres y del hombre entero y del hombre entendido en todas sus dimensiones y aspiraciones: salud, educación, cultura, deseo de verdad, de belleza y de bien, anhelo de trascendencia, de mística, de paz interior y de alegría de vivir.

Y se descubrirá con maravillada sorpresa que una catedral construida para el hombre puede ser tan hermosa como una catedral construida para Dios. Porque el hombre procede de Dios y se encamina hacia Dios.